

XVII

Mientras se efectúa este lúgubre debate en las alamedas de Granburgo, al otro lado del río, en las pendientes desnudas donde el huerto de los Fénigan extiende sus espaldares zumbantes de abejas, sus latadas que forman arco, sus alamedas marcadas por árboles frutales encogidos y delgados como plantas chinas, Ricardo se pasea con su madre, que enternece por el modo como resguarda con su ansiosa sombrilla, como si se tratara de un niño de pecho, al robusto viajero que anda y habla con ella. Lidia se quedó en el salón, pues el lunes es día de recibo de las Señoras de Fénigan, y el drama de aquella mañana les vale un aumento de visitas, ansiosas de saber pormenores, y sobre todo de observar el rostro y las actitudes de la joven ante la catástrofe.

No obstante su turbación, no obstante el deseo de estar con su marido, Lidia comprendió que

debía á la seguridad de Ricardo, á la dignidad de su casa, afrontar la malévola intrusión de toda aquella gente. ¿Qué será ese pequeño sacrificio de amor propio comparado con lo que él se ha atrevido á hacer por ella? Y mientras los campanillazos menudean en la verja de la quinta, la madre, que ve llegar á sus conocidos desde el fondo del huerto, las va nombrando: «Ese es el break de las Frayé... ahí llegan las judías de Merogis... Tu mujer ha hecho perfectamente recibéndolas, mi querido hijo... Si hubieran visto que se sustraía á las visitas hoy, sabe Dios lo que toda esa gente habría dicho y supuesto.

— ¿Qué podrían creer? le preguntó en baja voz Ricardo. Para estar solos se han refugiado en la última alameda, entre unos plantíos de claveles y violas matronales de colores múltiples y olor de pimienta é incienso.

— ¿Quién lo sabe? contestó la madre... Que la muerte del príncipe afecta mucho á Lidia, que se oculta para no dejar ver sus sentimientos... Están tan mala la gente.

Ricardo respira, aliviado de un peso, como si esperara suposiciones mucho más terribles. La madre continúa: «Por cruel y prematuro que sea este fin, sería no conocer á nuestra querida Lidia suponer que le haya costado ni una sola

lágrima... En primer lugar jamás le quiso... á ese Carlejo.. y tanta cobardía, tanta ferocidad acabaron por inspirarle odio y deseo de venganza... Me acuerdo que en Quiberón, cuando deliraba, profería hasta amenazas de muerte...

— Cállate, cállate, murmuró con vivacidad el hijo ante un mozo de jardinero que pasa llevando unas armaduras de vidrio; y cuando el criado se aleja: « ¿ Sabías acaso, añadió con esfuerzo, que... el otro... en fin... Carlejo... andaba dando vueltas por aquí hace tiempo? »

— Lo supe esta mañana y tu mujer lo ignoraba también... Por lo menos me lo ha asegurado y nunca dudo de su palabra, pues la conozco perfectamente ahora.

Ricardo se paró muy conmovido en medio de la alameda y preguntó: « Puesto que la conoces ¿ puedes decirme qué significa la turbación, el embarazo que noto desde mi llegada? Siento que tiene una confesión que hacerme y que no se atreve. Por un momento pensé que esta aparición repugnante debajo de los árboles... »

— Pero si ella no ha visto nada.

— Sí, lo sé, y por esto busco otra cosa... Oh, no temas... no son mis antiguas angustias que me persiguen... estoy curado y para siempre. Sólo que ese Carlejo, doble y complicado como su

nombre, tenía un alma infernal y me pregunto si, furioso al ver que Lidia no le amaba, habrá querido dominarla mediante alguna maldad. Supón que conservara cartas, una fotografía demasiado íntima, y que durante mi ausencia se haya servido de esto como de un cebo, de una amenaza para obtener, primero una cita...

— Ah, Dios mío, es verdad, ahora recuerdo...

La madre se vió interrumpida por dos fuertes campanillazos procedentes del patio interior. « Lidia me llama.. El salón debe estar lleno de gente... » Pero comprendiendo el gesto de su hijo, añade: « Acabaré antes mi cuento... Pues bien, el viernes pasado, día de feria en Corbeil, llevé conmigo á Lidia, que desde tu partida no había salido... »

La madre va andando con prudencia por ese relato del encuentro del príncipe en casa del joyero, insiste sobre la palidez de la joven al salir de la tienda, la agitación que prueba lo inesperado de la aventura; y temiendo siempre alguna explosión del pobre celoso, agrega: « Si Lidia no te ha hablado de esto en sus cartas, es porque yo se lo rogué... ¿ Me oyes?... No le guardes rencor, pues la culpa es mía, solamente mía... »

Pero Ricardo no duda ni por un instante de la veracidad de su madre, de la honradez de su mujer. Sólo que recuerda la terrible y tan distinta

escena de que fué testigo ese mismo huerto hace pocos meses. ¡ Cuántas cosas desde entonces y qué metamorfosis de sus sentimientos! Así fué que tomando gravemente en las suyas las manos maternales, cubiertas por sus guantes de jardín, las llevó con fervor á sus labios. « No temas nada, madre querida. Ahora creo á Lidia tanto como á ti... pero lo que me refieres confirma todas mis aprensiones. Ya veo claro, ya adivino...

— ¿ Qué ? ¿ Qué hay ? ¿ Qué supones ?... Me das miedo.

En esto resonó otra campanada y casi en seguida llegó un criado que buscaba á la Sra. de Fénigan. Era lo que ésta creía ; su presencia en el salón se hacía indispensable. Y con tono de fingida alegría, pues empezaba á invadirla la ansiedad de sus hijos, dijo á Ricardo en el momento de alejarse : « Voy á mandarte tu mujer ; trata de confesarla. »

Echado de codos sobre la pared baja, coronada de ladrillos que separa el huerto de un extenso campo de avena, descendente en dirección del Sena, Ricardo permanece inmóvil y pensativo... ¿ Confesar á Lidia ? ¿ Para qué ? Su convicción es absoluta. Entre ella y el antiguo amante subsistía algún lazo, ofensivo, deshonoroso. Así se explican los paseos alrededor del parque, el encuentro en

Corbeil. Cogida, apretada entre la audacia de aquel miserable y el regreso del marido, fué valerosamente á una cita última para arrancarle la prenda, carta ó retrato que conservaban unas manos perversas. Ante condiciones demasiado infames, la pobre joven se había defendido y vengado, como una noche en Quiberón ; pero con un arma más segura y esta vez no contra sí misma... Muerto el hombre, calmada la indignación, quedóse estupefacta, espantada de su crimen, con la necesidad tan humana de confesar, sobre todo al marido, único capaz de excusarla y de comprenderla. He ahí por qué se apretaba contra él, mirándole sin pestañear como para decirle : « tengo miedo... me avergüenzo... escóndeme... sálvame. »

¿ Qué hacer ? ¿ Cómo acoger esa terrible confesión, sino es abriéndole su corazón y sus brazos por entero ? ¿ No es acaso él también responsable de lo que ocurre ? No le había dicho muchísimas veces con acento desesperado : « Mientras ese hombre viva no podremos ser felices... siempre pensaré que te ha poseído... siempre temeré que vuelva á poseerte. » ¿ Podía reprochar á su mujer que lo hubiera quitado de enmedio ? Y si en aquel mismo instante sentía ensanchársele el alma, elevada por incomprensible alegría, si las ondulaciones agitadas del trigo y de la avena, si aquel

ángulo del río, resplandeciente en el fondo de la inmensa llanura, y aquel cielo, y aquellos árboles, si todo aquel horizonte familiar le parecía más hermoso que nunca, ¿no lo debía al sentimiento de ser ahora el único que podía desear y poseer aquella adorable criatura ?...

Oyéronse pasos rápidos y precipitados, á la vez que el rozar de un traje de muselina. Ya está á su lado ansiosa y tan pálida... « Ahí está Delcrús, murmuró á Ricardo, sin mirarle, puesta también de codos en la pared junto á él... Parece que todo ha cambiado... ahora creen en un crimen... y hablan de una nueva pista... » ; Oh y qué de prisa habría devuelto Ricardo el calor y la vida á aquellos labios descoloridos que se esfuerzan para sonreír, si hubieran estado solos en el jardín! Pero en todas las alamedas se oye el ruido de los rastrillos y las regaderas suenan contra las piedras de los pozos.

— ¿ Qué pista ?... ¿ se sabe algo ?... preguntó Ricardo con aire indiferente que trataba de tranquilizarla.

— No, el juez no quiere decir nada. He dejado todo el salón ansioso y haciéndole preguntas.

— ¿ Qué nos importa, después de todo ? exclamó Ricardo con tierna vehemencia. Y cogiendo debajo de la ligera muselina un brazo joven y

redondeado que oprimió contra su pecho : « Se está tan bien aquí... »

En torno suyo, á medida que el sol va bajando, se evapora el incienso de los alelíes, amarillos, purpurinos, de color de malva ; los claveles embalsaman con frenesí y en esta reverberación de olores y colores vivos, buscan la frescura de los riegos nubes de mariposas microscópicas revoloteando á manera de chispas azules junto á las flores. « ¡ Oh, sí se está bien ! » suspiró Lidia dejando caer la cabeza sobre el hombro de su marido con infantil coquetería, pero rebosándole angustia el corazón. Sorprendida al verle tan tranquilo ante lo que les amenaza, se pregunta : « ¿ Qué espera ? ¿ De dónde saca ese valor ?... Si por lo menos estuviéramos seguros de no separarnos, de sufrir y expiar juntos. ¡ Ay, pobre y querido esposo ! » Por su parte, Ricardo, libre gracias á la muerte de Carlejo del peso que durante tanto tiempo agobiara su corazón, saborea la radiosa belleza de su mujer, como se embriaga con el esplendor del cielo y del horizonte ; pero la angustia de aquellos hermosos ojos grises que le miran, lo llena de desolación : « ¡ Oh, no suspires de ese modo.. Veamos Lidia ¿ qué tienes ?... Ahora que estamos solos, uno junto á otro... »

— No estamos bastante solos, Ricardo mío, ni

bastante cerca uno de otro para lo que tenemos que decirnos.

— ¿Dónde entonces? ¿Cuándo? ¿Esta tarde, esta noche?

— Sí, esta noche nos contaremos todo.

Sus alientos y sus manos se buscan y se queman. Y Ricardo suavemente: « ¿No temes que sea duro como la otra vez, la noche de mi partida, recuerdas? »

— Ya no temo eso, contestó ella con firmeza.

— ¿Por qué?

De un salto se puso en pie: « Porque ahora hay entre nosotros una cosa... »

Fingiendo no comprender, Ricardo preguntó en voz baja: « ¿Qué cosa? »

Míranse estremecidos, como si tuvieran el mismo ataque de fiebre, como si les quemara el mismo deseo. Lidia tiene detrás de su figura todo el cielo rojizo que da una aureola á su fina cabellera; los ojos de Ricardo son salpicados de chispas por el sol poniente. Nunca se han contemplado tan hermosos, nunca se han deseado con igual ardor. Y lo que los transfigura, haciéndolos como nuevos y magníficos uno para otro no es aquella luz de apoteosis; sino la *cosa*, la siniestra *cosa* que ambos sospechan del otro y que más fuerte que la piedad y que el perdón, es la única capaz de de-

volver la vida á sus caricias y hacerle olvidar el pasado.

— ¡Fénigan, Fénigan!...

La voz, autoritaria y terminante, salía de la parte alta del huerto. « Es Delcrús », exclamó la joven con un movimiento de espanto. Ricardo refunfuñó entre dientes: « ¿Por qué viene hasta aquí á molestarnos? » Al mismo tiempo, su ademán, instintivo y protector, envolvía á Lidia y parecía decirles: « Estoy aquí; nada temas. »

Y ella pensaba al verle tranquilo: « ¡Cuán valiente es y cómo le quiero! » Ricardo la encontraba también muy enternecedora, verdaderamente mujer, con esos miedos nerviosos que las trastornan después de la acción.

— Dispéñame V., mi querido Ricardo, dijo Delcrús acercándose á pástos cortos; quisiera estar en Corbeil antes que mi escribano ¿podría V. hacer que me llevaran? » Fénigan contestó: « Nada más fácil. » Y Lidia, saltando de alegría: « Voy á decir que enganchen. » Delcrús se iba; ya no había nada que temer por aquel día. El marido añadió riendo: « Vamos todos á decir que enganchen. »

Mientras subían por el jardín, cruzado de chirridos de golondrinas y por largos rayos dorados diagonales, el juez, que iba al lado de Fénigan, le dijo

al oído : « Acompáñeme V. un instante, los dos solos, pues tengo que preguntarle algo. » Era evidente que trataba de interrogarle acerca de Lidia ; esta era la pista á que aludían. Ricardo tuvo que llamar en su auxilio cuanta sangre fría y firmeza tenía.

— Entendido, contestó en el mismo misterioso tono.

Cuando Lidia vió acercarse el coche abierto al patio donde esperaban los carruajes de las visitas delante del paulownia, y que Ricardo subía á él con Delcrús, su delicioso rostro se puso descolorido, pues un secreto instinto le advertía de repente que le quitaban su marido y que no volvería á verle en algún tiempo. Sin embargo, dominó su emoción y dijo sonriendo : « Si Vds. fueran amables me llevarían ; voy á ponerme un sombrero. »

Ricardo comprendió la significativa presión del brazo del magistrado. « No vale la pena, le contestó, iré apenas hasta la entrada de la comarca. » Y añadió, inclinándose hacia ella á la vez que le mandaba un besito volado : « Vuelve un poco al salón, le harás un favor á mamá. » Por las ventanas cubiertas del piso bajo salía un trino de voces femeninas, una charla muy animada. De pie en lo alto de la escalinata, Lidia presenció

antes de volver al salón la salida de los briosos caballos y oyó á su marido que volviéndose le gritaba : « Hasta luego. »

... Con el corazón hecho pedazos — aunque hablando de él sea quizás excesiva la imagen — sacrificó Delcrús Uzelles á Granburgo, y el amor al ascenso. Había ido de una quinta á la otra siguiendo la orilla del Sena y en mitad del puente duraba aun su vacilación ; y si hubiera estado allí la Caperucita Encarnada, no cabe duda de que el sortilegio de su risa, y la fuerza de la presencia real, habrían triunfado de los deseos de ascenso rápido y del prestigio de las elevadas influencias. Pero abandonado á sus propios instintos, el juez era incapaz de llegar á casa de sus futuros parientes sin haber tomado el partido que le aconsejaban su ambición y lo seco de su alma. Haría « su deber como magistrado », y con tal fin obtendría una confianza íntima de su querido Fénigan antes del interrogatorio definitivo de la instrucción, de modo que las declaraciones francas del amigo sirvieran de prueba á las confesiones del acusado. Así es que apenas estuvieron lejos del pueblo, cuando los caballos hacían resonar el suelo apisonado del camino nacional, empezó su información el juez.

Fénigan debía comprender el motivo que les

había impedido llevar á su joven esposa en el coche; ¿cómo hablar delante de ella de la muerte del príncipe de Olmutz, sin duda alguna violenta y trágica, y no puramente accidental según afirmaron los médicos?

— ¿Tiene V. pruebas del caso? preguntó con ansiedad Ricardo. Y Delcrús, con un movimiento de cabeza:

— Absolutas.

El marido no dudó más. Se trataba de Lidia; pero qué locura creer qué iba á entregar su mujer á aquellos curiales, y dudar de que preferiría cien veces entregarse él mismo. Aunque Delcrús era poco sagaz, lo sintió comoverse debajo de su cutis curtido y continuó satisfecho: « Una primera prueba y en que no nos habíamos fijado... Como la mayor parte de los hombres amigos de mujeres, sobre todo los jóvenes, el príncipe llevaba encima cartas de mujeres, retratos, recuerdos que enseñaba fácilmente. Un pequeño porta-tarjetas de concha, lleno de ex-votos de esa clase no le abandonaba nunca. Pues bien, cuando se descubrió el cadáver, estaban vacíos los bolsillos, y esto es lo que ha dirigido y confirmado nuestras sospechas.

Era exactamente el drama imaginado por Ricardo: Lidia deseando recobrar á toda costa el

recuerdo que Carlos se negaba á devolverle. Sin embargo, se contuvo y halló fuerzas para hacer objeciones al magistrado, cuyos argumentos le apretaban como tenazas: « Pero si los bolsillos han sido registrados hasta tal punto, es que lo han matado para robarle; ni más ni menos.

— No, puesto que tenía aún su cartera, su reloj y sus anillos. Lo que buscaban eran sus cartas y su rostro de lindo tenorio. Es la forma del crimen pasional. »

El marido no contestaba. Delcrús temió haber ido demasiado lejos y no obtener ya nada más; para recobrar la posición perdida, efectuó una diversión: « ¿Sabe V., Ricardo, en qué he pensado? En una venganza de mujer... » Vióle estremecerse y creyendo bueno el cebo: « Tuve esa idea ante ese cuerpo cuidadosamente extendido que daba la ilusión de la vida, en una posición y bajo un abrigo acostumbrado. ¿No le parece á V. que esta instalación de museo de figuras de cera indica un refinamiento, una coquetería de vendetta completamente femenina? »

Ricardo comprendió que su mujer estaba perdida y se puso delante: « La venganza no tiene sexo, amigo mío, como tampoco los celos. Un marido engañado que se venga puede poner en

escena su crimen con sutileza idéntica á la de la mujer más perversa.

— ¿De modo que V. no ve ahí una mano de mujer?

— Juraría lo contrario.

— Vd. debe saberlo, » exclamó el juez con una gran carcajada que le pareció muy chistosa. Y luego, bruscamente, por una de esas sorpresas que forman parte de las malicias de la instrucción, preguntó, entre confidencial y serio : « Me han asegurado que es V. de temperamento muy celoso.

— Así es, efectivamente.

Y hasta parece que, impulsado por esta pasión, ha escrito V. cartas de una violencia...

— ¿Acaso sabe uno lo que hace en semejantes transportes?... »

En esto hubo una de esas notas de órgano seguida por varios compases de silencio en que los ánimos se calman y rehacen. Por el camino, que iba volviéndose blanco á medida de aumentar la oscuridad, pasaban trabajadores numerosos, mudos y cansados, con todo el peso de la jornada en los riñones, é iban dos á dos, tres á tres, con el morral y la azada al hombro. Un carretero, adormecido por los cascabeles de sus bestias, saltaba de su animal dando un brinco para dejar sitio al coche, que el vagabundo sentado á orillas

de un foso, y ocupado en desatarse las vendas de sus pies llenos de sangre, miró pasar con envidia. Al pie de los viñedos inclinados corría el Sena, y los tonos purpúreos que le daba el sol poniente, hacían parecer más oscuros los bosques agrupados en frente, á lo largo de la cornisa. De distancia en distancia silbaban en el río las barcazas de la *cadena*(1), y en lo alto les contestaba el bosque con sus ruiseñores una lluvia de alegres y enamoradas notas, con aromas de lirios silvestres que invadían el carruaje al pasar, evocando ante Ricardo la adorable imagen de Lidia y ante Delcrús la risa y la brillante dentadura de Elisa. ¡Oh música de Mayo, olorosas frescuras de los linderos, con qué fluidos misteriosos envolvéis á las almas más reacias! El juez, muy impresionado, casi resolvió telegrafiar á Versalles para reclamar un suplente; pero esta debilidad no duró.

De pronto, hacia la entrada de Soisy, surgió de un pequeño camino que subía hacia los viñedos una larga silueta, completamente negra sobre el polvo blanco del camino. « Buenos días, señor Ceres, » gritó Ricardo, dando orden al cochero de pararse. La primera pregunta del vicario fué para

(1) En el fondo de algunos ríos hay una cadena que ciertos barcos aprovechan para dirigirse, recogiendo por la proa y soltándola por la popa á medida que andan.

preguntar sencillamente si también estaba de vuelta el propietario de la Pequeña Capilla. Ricardo contestó que había dejado al Sr. Merivet en Marsella, pero por poco tiempo. « Y V., mi querido abate, ¿qué es lo que le hace andar tan tarde por los caminos? ¿Hay algún infortunio que aliviar por aquí? » El anciano sacerdote se enjugó el sudor de su blanca cabellera, que formaba corona bajo su sombrero de anchas alas, y dijo con mucha naturalidad: « Vengo de su casita de pesca... El tío Jorge, ese viejo mendigo que V. recogió, me ha hecho llamar.

— ¿Sigue todavía enfermo?

— ¡Oh, no tardará en morir! Esta noche le llevaré la extremaunción.

— ¡Pobre tío Jorge! Lidia va á tener un disgusto. » Ricardo añadió, á medida que la sotana se perdía en el crepúsculo: « Todos los gastos de sepultura corren por mi cuenta, señor abate.

— Gracias, buen corazón, » contestó ya lejos la robusta voz del sacerdote.

La sombra de los árboles se retiraba de las praderas. Todo se ponía negro, como bajo el ala de la muerte que había cruzado el camino. Mientras el cochero encendía sus faroles, Delcrús volvió al drama de por la mañana y al sumario, y preguntó

al amigo Fénigan: « ¿Cuándo se separó V. del Sr. Merivet?

— Ayer por la mañana... » Pero pronto, pensando que descubriría á su mujer, añadió de prisa: « No ¿qué digo?... Fué anteayer... hace dos días. Nadie se imagina hasta qué punto hace perder el tiempo una noche de viaje. »

— « Está perdiéndose, el desdichado, » pensó el juez; y por una especie de lástima, tal vez por un dilettantismo profesional, se esforzaba, al ver su escasa resistencia, en abrirle los ojos sobre su torpeza: « Sin embargo, cuando nos encontramos esta mañana en el bosque me dijo V. que acababa de llegar. Debía ser así, pues no es posible admitir que por espacio de dos días anduviera V. por el país sin poner los pies en su casa.

— Es evidente, » murmuró Ricardo sin saber ya qué decir. Esta vez el juez pensó: « Hace el tonto... » Y después de un momento de reflexión: « Veamos Fénigan, dicho sea entre nosotros, Vd. sabe que desgraciadamente las relaciones del príncipe de Olmutz y de una persona que á V. le es querida no son ignoradas en la comarca?

— Lo sé, contestó Ricardo impasible.

— Pues bien ¿no pensó V. que al hallar el cadáver del príncipe casi delante de su puerta, la

justicia pensaría desde luego en una venganza, si no de V., por lo menos de su casa?

— No he tenido esta idea porque la suposición era demasiado fácil, y porque quizás era más acertado pensar que, muerto en otro sitio, el príncipe fué transportado á aquel con un fin muy comprensible.

Delcrús se sintió á su vez desarmado y dijo en alta voz con mirada franca: « Esto me parece razonable. Sin embargo, quiero hacerle otra pregunta á que puede V. no contestar. Siendo V. tan celoso como es, supongo que llegara V. misteriosamente á su casa por la verja del bosque, y que se encontrara frente á frente con el joven príncipe al salir de su parque en las horas del amanecer. ¿Qué habría ocurrido? ¿No cree V. que?... »

— ¿Qué lo hubiera matado? De seguro y, lo que es peor, con autorización de la ley.

— Pero no, desdichado... La ley, sí... lo admito, pero sólo en el caso de delito flagrante.

— Mi querido Delcrús, para una imaginación de celoso siempre hay flagrante delito.

Estas palabras fueron dichas con vehemencia que hizo dar un salto al magistrado sobre los cojines del coche y le pareció la confesión más decisiva que era posible obtener en esas amistosas confidencias. Ahora correspondía la palabra al de

instrucción. El marido, muy inquieto por su parte, se preguntaba: « ¿Qué va á hacer? ¿Qué se propone decirme para que me haya traído hasta aquí? »

Llegaban efectivamente á Corbeil, cuando los primeros faroles se agitaban temblorosos sobre las aguas del Sena en los últimos reflejos del poniente. Aun salía un poco de humo de las gigantescas chimeneas de las fábricas de harina y de las papeerías, cuyos obreros iban en bandas silenciosas á lo largo de las aceras llevando todos, hombres y mujeres, siniestras cestas de paja color de hollín, sin duda por causa de las emanaciones del taller. Fuera de esta salida de ganados cansados, no había nadie en la calle de Nuestra Señora ni en la plaza Galignani, estrecha y sombría, en uno de cuyos ángulos se alzaba, junto á los techos enharinados y como espolvoreados con nieve por el enorme molino de Essonne, el antiguo Palacio de Justicia, que comunicaba con la cárcel.

— El coche del presidente está ahí todavía, dijo Delcrús viendo abierto el portal; y como el cochero vacilaba, le gritó: « Entre V., entre... »

Bajó primero en el patio escasamente iluminado por un resto de claridad y dos antiguos faroles y rogó á Ricardo que le siguiera hasta su despacho: « Para una comunicación urgente » añadió, con voz diferente, muy dura ahora.

Ricardo no contestó y fué detrás de él hasta un cuarto, en el fondo del corredor, donde una lámpara medio bajada esperaba encima de una mesa-escritorio. Grandes golpes sordos, procedentes del molino y de su máquina hidráulica servían de ritmo al silencio del lugar. Delcrús subió la mecha de la lámpara y llamó á su escribano, que trabajaba en la pieza inmediata. Mientras cuchicheaban y escribían, Ricardo se entretuvo en mirar por una elevada ventana de reja, á otro pequeño patio, donde encima de una puerta amarilla leyó con trabajo, por lo escaso de la claridad, estas palabras: PRISIÓN CELULAR... ; Oh, aquella puerta lívida y baja ! Y qué bien simbolizaba la miseria cautiva el murciélago que se veía dando vueltas en la estrechez de cuatro paredes negras, durante esta pesada tarde de estío.

— Mi querido Sr. Fénigan... al oír la voz punzante del juez se volvió Ricardo hacia la mesa... lo siento infinito ; pero me veo obligado á mantenerlo á disposición de la justicia.

Ricardo Fénigan pareció aterrado ; pero debía esperar alguna sorpresa de este género por cuanto al bajar del coche dió con disimulo al cochero, impasible en su pescante, dos palabras para Lidia : « Huye en seguida... No importa á donde vayas, antes de ocho días estaré contigo. »

XVIII

Dejando seguir su camino al coche de Ricardo, el abate Ceres cruzó la calle de Soisy donde salían de cada puerta chisporroteos de leña verde con un fuerte olor de sopa de ajos y llamó á la puerta del hospicio.

— Nuestra querida madre superiora continúa enferma, le contestó la tornera ; pero si el Sr. abate quiere ver á Sor Marta, la encontrará en el primer patio.

La irlandesa, en torno de la cual saltaba y jugueteaba un racimo de chicuelas de todos tamaños, sacudió su traje con ambas manos para acercarse al anciano sacerdote, jadeante aun á fuerza de hacer como las muchachas. Desde las primeras palabras del vicario se agitaron con grata sorpresa las grandes alas de la toca, tan blancas en la negrura del patio : « Venga V. por aquí, Sr. abate,